

Gonzalo Soriano



27 de julio de 1960. El compositor Joaquín Rodrigo felicita a Gonzalo Soriano al terminar éste su actuación en el concierto que, como homenaje al pianista alicantino, organizó Villajoyosa

Lo recordábamos. Fue hace casi doce años, a finales de julio de 1960. Creo que era la primera vez que me desplazaba más allá de los límites urbanos de la capital alicantina con el encargo de comentar, en estas mismas páginas, un concierto. Eran tiempos un poco más difíciles, de presupuestos escasos, en gorreros viajes en autobús e inseguros regresos, pero el acontecimiento valía la pena y la incomodidad. Aquella noche —la del 27 de julio de 1960— Villajoyosa, por medio de su Ayuntamiento y a través de la voz de Crisóbal Zaragoza, que haría el ofrecimiento, iba a rendir homenaje a Gonzalo Soriano, el extraordinario pianista alicantino. Un homenaje en forma de concierto: actuaban la Orquesta Clásica de Valencia, la violinista Josefina Salvador y el propio Gonzalo Soriano, estando presidido el acto por el compositor Joaquín Rodrigo, con dos de cuyas obras —«Homenaje a la Tempranica» y «Tres viejos aires de danza»— se iba a dar comienzo al importante acontecimiento musical. Porque era —fue— un acontecimiento musical, tal como en su número de aquella mañana de julio lo había calificado INFORMACION, anticipando la noticia del acto en su página primera, junto a la imagen del mismo Gonzalo Soriano. A las obras de Joaquín Rodrigo siguieron Albéniz, de quien por aquellas fechas se conmemoraba el centenario de su nacimiento; Mozart, Sarasate y Beethoven. Fue una noche musical inolvidable, a pesar del torrido calor que imperaba en el teatro Olympia de Villajoyosa.

da Sociedad de Conciertos de Alicante, que Gonzalo Soriano impulsó e iba a inaugurar muy pronto; por algunos de sus discípulos, de sus colegas, de sus compañeros festivos... Algunos, bastantes, no podían contener la emoción.

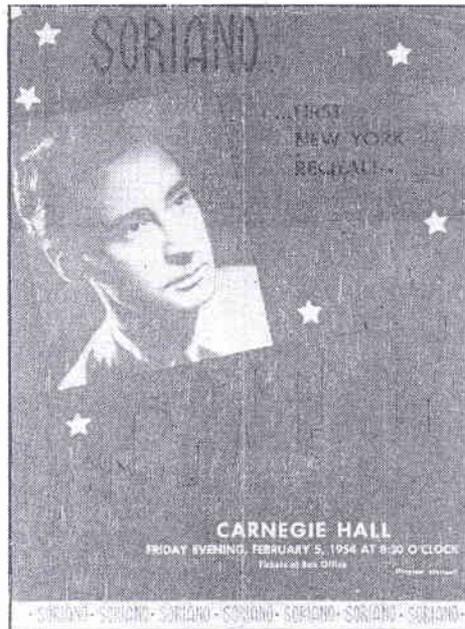
LA HORA DE LOS RECUERDOS

—Este piano era el que utilizaba Gonzalo cuando

el panorama de La Habana desde el castillo del Morro, el totem indio del Stanley Park de Vancouver; cartas, programas dedicados, el piano de casi todos sus conciertos...

—Fíjate en este programa. Es del concierto que dio aquí en mayo del 46. Es una cuartilla doblada que presenta en su portada la fotografía de Gonzalo Soriano, un Gonzalo Soriano todavía más joven, con fisonomía aún más infantil que

—porque quedan otros, muchos amigos— en «la Vila» y en Alicante, reconstruirse la biografía musical de Gonzalo Soriano, el pianista alicantino que, como escribía el gran y llorado musicólogo José Juan en el programa del recital de Soriano en el teatro Principal de Alicante en marzo de 1953, cinco años después de que se le rindiera homenaje en el mismo local, siguió siendo y sintiéndose alicantino después de sus triunfos internacionales. Cuando Pepe Juan escribió aquellas notas, Soriano ya había conquistado Europa y se disponía a proseguir su carrera triunfal saltando el Atlántico y conquistando América. Pero tampoco la consagración americana cambió sus hábitos, su carácter: también



Programa del primer recital en Nueva York de Gonzalo Soriano. Fecha: 5 de febrero de 1954

VILLAJYOUSA, OTRA VEZ

Lo recordábamos una de estas últimas y frías noches, casi doce años después. El homenaje vilero a Gonzalo Soriano ha estado, esa noche, sobre la mesa de los recuerdos, entre otros testimonios de su carrera pianística, en una casa del «carrer dels Llimons» —la de don Francisco Santamaría—, rodeados por algunos de sus viejos amigos, sorprendidos aún por su repentina muerte. Porque otra vez la figura de Gonzalo Soriano me ha conmovido a Villajoyosa, aunque esta otra vez el viaje ha sido menos cómodo y menos, menos, alegre. Un grupo de sus amigos vileros había organizado un nuevo homenaje, un doloroso homenaje, postumo tributo de admiración y cariño. La parroquia de Nuestra Señora de la Asunción estuvo ocupada, durante el funeral, por sus amigos de Villajoyosa y sus amigos de Alicante, por sus admiradores de aquí y de allá, por las autoridades desde «la Vila» y por los directivos de la recién crea-

daba conciertos aquí, con el que ensayaba también, por supuesto. Está firmado por él. Cuando el homenaje, en 1960, utilizó otro, que hubo que traer de Valencia; un piano de cola. Estamos en casa de don Francisco Santamaría, en el «carrer dels Llimons», y sobre la mesa van desplegándose los recuerdos, los testimonios de una vida musical intensa y brillante. —Aquí vivía Gonzalo Soriano cuando estaba en Villajoyosa. Esta casa —y creo que toda Villajoyosa— estaba siempre abierta a Soriano, como la madrileña casa de Soriano estuvo siempre abierta a los alicantinos, a los vileros. Ahora es, además, un pequeño, entrañable museo de sus cosas: tarjetas postales con

la que nos resultaba habitual. —Y este... Es un impreso aparatoso —tipográficamente aparatoso— en rojo y negro, con siluetas de rascacielos y estrellas blancas, que anuncia el primer recital en Nueva York del pianista alicantino, en el Carnegie Hall, para el viernes 5 de febrero de 1954, por la tarde, a las 8.30 o'clock, y que nos avisa que las localidades pueden costar desde tres dólares setenta centavos hasta un dólar veinte centavos. Alicantino; alicantino, SIEMPRE Podría, con los recuerdos conservados por sus ami-

Por ERNESTO CONTRERAS

mo la foto publicitaria de Alicante, recordada de un periódico y pegada a una tarjeta de felicitación navideña, sobre la que había añadido, allá por donde estaba el antiguo matadero y el actual «scalextric», la silueta de la «Tour Eiffel»...

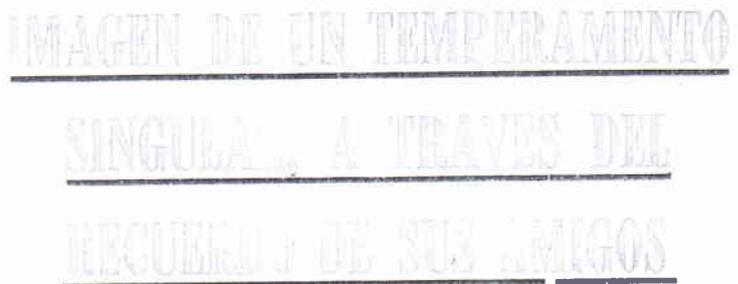
GONZALO, EL «POLLOS»

Pero quizá quien más hondamente conozca este aspecto de la personalidad de Gonzalo Soriano sea Jaime Lloret, «Florit», su eterno

do, no podía dejar el trabajo; pero he mandado a mi mujer. —Y durante las fiestas, ¿cómo era él? —Pues como somos todos: arinamos mucho jaleo; es nuestra manera de ser. Gonzalo Soriano era un «pollós» más.

TESTIMONIO DE UN ALUMNO

Vino a Alicante, por última vez, en diciembre pasado, para dar un recital en el Ayuntamiento de la capital.



después, y hasta ahora mismo, hasta su muerte, siguieron siendo nuestros su humorismo, su lenguaje, sus modos... A pesar de alguna incompreensión excepcional, Soriano fue fiel, alegremente fiel, a sus orígenes. No podía ser de otro modo. El excepcional discípulo de nuestro admirado Rodríguez Albert y luego de Cubiles, maestro más tarde de pianistas bien dotados, conservó siempre la ligereza de ánimo que estaba en ingenio o se centraba en sensibilidad musical, en hondura sensitiva, cuando se sentaba ante un piano. «Che, amics, astó es pix...», y terminaba la típica expresión alicantina, todo como único texto de una gigantesca tarjeta postal, desde Cuba, en 1955. O la otra tarjeta, la que por aquel año testimoniaba amistosamente su paso por Canadá, cuyo texto íntegro no resisto la tentación de transcribir, porque sirve para inscribir su carácter en el contexto alicantino mejor que cualquier aseveración. Dice: «¡Nas, Pero! La Polesia Montada del Canadá. Los indios de flechas avvenenadas y tira, que vé peix. ¡Ché quina por...» Y más y más testimonios, co-

compañero de andanzas festivas, un «pollós», como él, que se entregaba a la fiesta popular desde el primer estampido del cañón. Ya se sabe lo que son las fiestas de Moros y Cristianos y su especial versión vilera. —Este —«Florit» me señala a uno de sus compañeros— se colgó el año pasado una garrafa al cuello y no se la quitó de ahí hasta que no acabaron las fiestas. La comparsa de «Els Pollossos», en la que yo no sé si Gonzalo Soriano se sentía honrado —que imagino que sí—, pero desde luego a sus anchas, se caracterizó precisamente por su bullicio, su desenfado, su alegría desbordante, su espontaneidad. Imagino que «Els Pollossos», que son moros, tuvieron bastante que ver en lo ocurrido en aquella famosa ocasión en que Villajoyosa llevó a la práctica la alicantinísima expresión de que «alguna vez han de ganar los moros», pese a todos los programas. Pero eso he bajado hasta el sótano que sirve de cuartel general de los «pollossos» y he estado, frente a unas botellas de vino, rodeado por los más populares amigos de Gonzalo Soriano. —¿Trató mucho a Gonzalo, «Florit»? —De siempre. Yo vivía en el «carrer dels Llimons» y, como él, paraba largas temporadas en casa de Santamaría: allí nos encontrábamos constantemente. Soy un amigo de verdad. A la hora del funeral yo estaba trabaja-

Los años le habían hecho un pianista famoso, como pudieron hacerle un escultor o un pintor famoso, porque estas artes le tentaron también en su juventud. Pero a través de los años mantuvo el frescor de un carácter abierto y jovial, ingenioso y cargado de humor. Este es el testimonio de quienes le trataron más íntimamente: Santamaría, «Florit», Pepa Gomis, a quienes, de pronto, los recuerdos de Gonzalo se les han convertido en reliquias de una amistad. O el de Angel Martínez Teruel, un pianista joven que ha sido su discípulo: —Quizá —me ha dicho— lo que menos importaba, con todo lo que suponía era lo que se entiende por enseñanza de la técnica pianística, que tan profundamente conocía. Porque todavía por encima de sus lecciones sobre cómo se debe estar ante el piano, sobre cómo se debe interpretar una obra, Gonzalo Soriano inculcaba una forma nueva, profunda, de entender el fenómeno musical. Asistir con él a un recital, me aportaba una riqueza de conceptos inculcable...

UNA AUSENCIA ENTRAÑABLE

Sólo he querido dibujar abocetar, casi, una imagen, más íntima de Gonzalo Soriano, un alicantino famoso.

(Continúa en la anterior)

Informacion 20/05/1972

ULTIMA PAGINA